

EFRAIN BARQUERO

EL VIEJO
Y EL NIÑO

Editorial Andrés Bello

EL VIEJO Y EL NIÑO

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© EFRAIN BARQUERO

Derechos exclusivos en español

© EDITORIAL ANDRES BELLO

Av. Ricardo Lyon 946, Santiago de Chile

Inscripción N.º 84.762

Se terminó de reimprimir esta primera edición
de 2.000 ejemplares en el mes de noviembre de 1992

ILUSTRACIONES: Thomas Gerber

IMPRESORES: Alfabetá

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ISBN: 956-13-1041-4

EFRAIN BARQUERO

EL VIEJO Y EL NIÑO

EDITORIAL ANDRES BELLO

El viejo pasea con el niño y es como si uno condujera al otro, como si uno abriera los ojos y el otro los cerrara.

Parece canturrear el viejo y el niño dormir.

Son como dos ciegos que al mirarse recobrarán la vista.

Cuando uno habla, el otro mira fijamente su boca fascinado por este ojo recién abierto, por este ojo que habla.

El niño nunca toca la cabeza del anciano pero sí su boca, como para decirle a

ésta que hable siempre, que jamás se duerma.

Y el anciano, de boca más vieja que todas las cosas, se sonríe, dudoso, sin saber con qué parte de la cara se ríe.

Y son idénticos cuando sonríen, cuando se miran y se escuchan sonreír, porque entonces tienen los ojos del mismo color y el rostro del mismo porte.

Se agranda el rostro del niño y se empequeñece el del anciano, porque uno se sonríe hacia afuera y el otro hacia adentro.



II

El viejo y el niño comparan sus manos.

—La tuya es más grande —dice el niño, pero el anciano no lo escucha. Está contemplando la de su compañero, que parece un caracol sobre la palma de su mano abierta.

—Sí, la mía es más grande que tres de las tuyas.

Y se queda pensando, como si estuviera lleno de viejas manos y no cupiera ninguna más.

El chico sigue jugando con la mano del

anciano, pero éste sólo mira en su interior, donde brillan las manos de todos sus amigos como palomas en la oscuridad.

—¿Quién dices que llama? —pregunta el niño.

—Las manos —contesta simplemente.

Y el pequeño pone incrédulo la oreja sobre la mano abierta del viejo, pero no escucha sino el aleteo de los pájaros entre las ramas.

El anciano observa que la cara del niño es del porte de su mano abierta.

Y escucha pensativo el largo arrullo de las palomas.



III

Escriben sus signos en donde estén, adentro, afuera, en todas partes.

El niño con su dedo de rascar el lomo de todas las cosas o de romper los paquetes, y el viejo con su silencio, con la sombra de su boca, con las sombras que pasan por sus ojos.

Y hacen pequeños ruidos mientras dibujan, ruido de arena, de silencio, de hojas.

El chico con sus manos que parecen gomas de borrar y el viejo con su nariz pensativa que parece un buril de acentuar todas las cosas.

Se dan miradas en la mesa de trabajo para darse valor.

Los dos tienen los dedos manchados: el niño, de tierra fresca, y el anciano, del tabaco profundo de la edad, del vino desteñado del tiempo.

Y uno y otro se miran a hurtadillas la tarea terminada, con cierta sospecha, como los compañeros de banco en la escuela.

—¿De dónde has salido tú? —pregunta el viejo de repente.

—¿Y tú, qué escondes? —contesta el niño con calma.



IV

Los dos se detienen casi al mismo tiempo, al descubrir la fruta en los árboles, uno con la dulzura de la edad y el otro con la premura de los años.

Y las frutas maduran.

El viejo toma una, la huele largamente y se la da al niño, quien se la come con gusto y se mira las manos que huelen a fruta acabada.

Hay que verlos en esta ocupación de recolectores.

—Están buenas como en otros años,

—dice el anciano, poniéndose algo triste, del color de las frutas recordadas.

El chico lo mira y no sabe qué decir, porque sus ojos y su boca tienen siempre la edad de todas las frutas.

El anciano le indica que ésta es más dulce, que ésta tiene más sol y que ésa otra más luna, pero no las prueba.

Las muestra solamente con el dedo como si tuvieran nombres de personas desconocidas para su pequeño amigo.



El viejo y el niño se quedan estupefactos muchas veces al anochecer y dicen cada uno para sí: ¿pero quién es este señor, pero quién es este señorito?

Y se sueltan de la mano. Se alejan algunos pasos.

Esto dura sólo el instante de atravesar el corredor, ya que el primero que enciende la luz le da al otro una gran mirada de reproche.

Y en sueños les ocurre lo mismo, sólo que entonces no pueden ver sus caras por mucho rato.

El viejo, contemplándolo dormir, comienza a recordar lo que decía antes de la llegada de su pequeño amigo:

“¿Cómo voy a morirme sin conocer el comienzo de una cara?”

“La cara de mis hijos me ha parecido siempre tan grande como la mía.”

“Y las caras de los animales eran sólo perfiles o pedazos de caras.”

Hasta que un día vino el niño como si saliera del interior de una montaña estremecida.

Era una piedra del porte de un niño donde estaba grabada la efigie de una moneda muy antigua.



VI

Cuando se detienen de pronto en un camino, les parece escuchar el eco de sus propios pasos y se ponen a recordar los pasos de todas las personas conocidas.

Vuelven a caminar y a detenerse, y los escuchan de nuevo.

–A mí nadie puede seguirme sino tú.

–A mí nadie puede seguirme sino mi perro.

Y se ponen a conversar de los pasos de los pasos como empieza la gente a imaginar alguna historia.

El viejo, cuando espera la llegada de su compañero de andanzas, se mira la suela de los zapatos y éste aparece de inmediato.

El niño corre y se aleja bajo la arboleada, y cuando no escucha al anciano mira los pétalos caídos y al momento le responden los pasos de su abuelo desde los confines.

“Está triste hoy, sus pasos se oyen bajo la tierra.”

“Qué contento está, sus pasos crujen como la luz entre los árboles.”

El anciano se sienta para escuchar los correteos de su pequeño acompañante.

“Yo caminaba solo antes y no tenía pasos.”

“Y ahora tengo tantos porque todos han vuelto de los lugares donde estuve.”

En esto aparece el niño feliz de encontrarlo sentado en su asiento preferido.

-Ah, no te has movido de aquí, eres el mismo de siempre.

-Es que soy el más viejo de la familia. Y mi cara contiene todas las caras, también la tuya. ¿No la ves en un rincón de la mía?

-Sí, porque cuando te ríes, haces reír mi cara sin querer, como si tu barba me hiciera cosquillas.



VII

El viejo y el niño se han quedado inmóviles frente al blanco cerezo florido, y como tapándose o descubriéndose la cara.

Ambos con la mano tendida hacia él, pero sin desear tocarlo.

Y ambos ausentes, como si nunca se hubieran conocido.

Después de un momento se vuelven uno a otro: el anciano con el rostro oscurecido y el chico algo turbado y confuso.

Siguen su marcha y el pequeño vuelve la cabeza varias veces para mirar hacia atrás.

El anciano sonríe silencioso y el niño quiere decir algo, pronunciar cualquier nombre de calle, de animal, de pájaro, de persona.

Y al hacerlo, sabe que su lengua que antes jugaba con todos los nombres, ahora sufre al pronunciarlos.

Tiene curiosidad de ver su lengua: est  roja como siempre.

Pero siente un gusto desconocido en la boca, dulce y amargo a la vez.

Y vuelve a mirar hacia atrás varias veces.

Cuando regresan, come sin apetito y en silencio, sin levantar los ojos de la mesa.

Siente, mientras come, el sabor de su propia boca, de su primer recuerdo, de su primer olvido.

VIII

Sentados junto a la ventana son como la distancia misma.

¿Qué leen sino viejas historias, parecidas unas a otras, unas que empiezan por el final y otras por el principio?

Y mientras su compañero lee, el niño mira el humo azul de la lejanía.

Parecen tener la misma edad cuando están frente a la ventana abierta: la edad de la distancia.

—Allá viene alguien —exclama el niño, y toca el punto movable del horizonte con el dedo.

El anciano dice, cuando escucha los murmullos de la tarde apagándose:

—Ya están jugando los niños.

Al final de la lectura los dos caminantes se encuentran, cansado el viejo de ver convertirse las letras en tantos personajes, y contento el chico de haber escuchado la voz de la distancia.

Cansados y contentos como son los caminos al anochecer.

El viejo deja el libro y se restriega los ojos.

El niño cierra la ventana y también se restriega los ojos.



IX

Los dos se contemplan el porte de sus años y el niño ve el rostro del anciano rodeado de nubes grises.

Y éste mira a su compañero, como miran los viejos, con ojos nudosos de haber visto brotar de la tierra tantas cosas, y le acaricia la cabeza.

—Es suave —murmura—, más suave que el plumaje de algunos pájaros.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunta el chico.

—Cuéntalos —responde, mostrándole las nubes, las piedras del camino—. Tengo

muchos y se curvan para contemplar los tuyos: qué pocos son, como un suspiro de los míos.

Y suspira.

El pequeño siente que el suspiro del anciano es suave como el pelaje de las nubes y el dorso de las manos.

El viejo mira a su amigo desde lo alto de sus años y le dice:

—Yo me olvidé de los míos para empezar a contar los tuyos.

Y empieza a contar con los dedos, como hacen los niños, sonriendo y suspirando, que es como contar de adelante para atrás.



Los dos paseantes eternos sienten llegar la noche, uno de frente y el otro desde atrás.

—¿Por qué me asustas poniendo tus manos heladas en mi cuello?

—No soy yo, es nuestra madre la noche que nos llama.

Y ambos vuelven a casa, pero el niño marcha delante de su compañero: así halla más pequeña la noche.

—Qué grande es y surge de todas partes.

Y cuando el anciano toca el aldabón de la puerta, su acompañante se estremece con ese sonido nocturno.

Ya en el interior, el niño se sienta frente al rostro bien visible del viejo, y por nada del mundo permite que éste se levante y le dé la espalda.

—Es que la noche no tiene cara. Cuando la miro, veo una persona desconocida al final del corredor.

—No tengas miedo, para mí ya no es oscura sino del color de mi pelo. Se ha vuelto blanca y a veces es más clara que el día. Tiene la edad de la luna, ese dulce sol pensativo y sin memoria.

—Es que la noche sangra —dice el chico—, y eso da mucho susto. El otro día me corté un dedo y la noche brotaba de mí.

Ambos se dan nombres solemnes: mi señor Recuerdo, mi señor Olvido, haciéndose grandes reverencias.

El viejo espera sentado, como un viejo rey, que entre su regio visitante y lo primero que le dice es:

—¿Me compraste cigarros?

El niño se da una palmada en la frente fingiendo gran consternación.

—Me olvidé —dice, pero el paquete se le nota en el bolsillo.

El anciano no puede ocultar su satis-

facción, porque el médico ha prohibido que le traigan tabaco.

–Ah, mi querido Príncipe Justiciero, hay una gran conspiración contra mí –y echa mano de inmediato a las cerillas.

–¿Por qué estás siempre rodeado de humo como un mago?

–Para recordar. ¿No ves las figuras azules que entran y salen por mi boca?

–Sí, las he visto y tú pareces un dragón de fuego.

El viejo enciende por fin su cigarro y desaparece con la primera bocanada de humo.

–Recupero toda mi vida, pero convertida en humo verde o azul, y a veces escarlata. Y ya empiezo a quemar todos mis recuerdos. ¿No sientes, desde hace un tiempo, un aroma desconocido cuando fumo?

XII

Cuando comienzan a bostezar se dicen uno a otro: ¿ya te estás poniendo la máscara, amiguito?

Y es que cambian de repente de cara: al niño le crece la boca y se le oscurece el pelo, le nacen dos manchas rojas en las mejillas. Y al viejo le crece la nariz y su piel se vuelve quebradiza como papel de pergamino.

Los dos se ríen de sus figuras.

—Tienes la mitad del cuerpo dormido y la otra despierta —dice el anciano—, y coleteas como los peces.

–Y tú te pareces a las lechuzas que duermen de pie.

Y bostezan a un mismo tiempo, como si gustaran largamente el sabor salado o lechoso de la noche.

Y vuelven a bostezar repetidas veces.

–¿Por qué dormir? –se queja el pequeño, mirando sus dibujos a medio hacer y sus dedos manchados de tinta.

–Tienes mucho sueño, tus ojos están completamente cerrados.

–Pero está despierta la punta de mis dedos.

–¡Ah!, eres entonces como los pétalos de los girasoles.

–Y tú eres como el ojo abierto de los girasoles.



XIII

Los dos grandes conversadores se callan de repente y se vuelven a todas partes para ver quién les impide hablar.

—Es esa nube cargada de lluvia —dice el chico.

Después de un momento prosiguen con sus relatos, no menos largo uno que otro.

—¿Cuánto dura tu historia? —le pregunta el viejo, mirando su pequeño porte.

—Mucho —dice éste, dándose importancia—. Es más larga que contar los pelos de tu barba. Más larga que este camino donde estamos sentados.

–Es imposible, mi barba la he tenido siempre y es blanca como una leyenda.

–Mi historia es tan vieja como la barba de la tierra.

–Imposible, hijo mío, porque tus dientes son recientes y las historias nacen con cada diente que uno va perdiendo. Las historias son las historias y las palabras salen del hueso de los frutos.

–Por eso tú las saboreas tanto como cuando bebes un sorbo de vino.

–Y tú te chupas los dedos de puros deseos de hablar.

–Las palabras son como los frutos al caer.

–Como el salto de los peces en el río –dice el chico, saltando de un lado para otro.

El anciano calla y se queda inmóvil por un largo instante. El niño le toca el brazo con inquietud.

-Estoy pensando.

-¿Qué estás haciendo?

-Estaba mirando el centelleo del sol en el río -dice el viejo, frotándose los ojos.



Los dos eternos vagabundos, cansados de tantos viajes, están sentados en el corredor en una silla grande y otra pequeña.

El viejo puede abarcar con sus ojos toda la lejanía, pero le cuesta ver lo minúsculo, que su compañero le explica con lujo de detalles.

Así que uno lee las letras grandes y el otro las letras pequeñas.

El anciano se levanta y da unos pasos. El chico tiene que correr para alcanzarlo y dice:

–La tierra y el cielo se alargan cuando caminas. Pero no hay nada que los haga tan grandes como mi volantín por los aires.

El anciano le pide que eche a volar su volantín.

El niño corre con sus piernas menudas en dirección contraria al viento y envía su mensaje.

Cuando atardece, el volantín color de amapola regresa con una gran rasgadura.

–Es la noche que se acerca –dice el niño, examinando el arañazo de gato.

–Es el tiempo que devuelve, en pequeños pedazos, los mensajes perdidos –dice el viejo.

Y los dos charlando como buenos vecinos regresan al interior.



Cada uno de los dos ausentes busca la casa, al volver, en el rostro de su acompañante, aunque esté oscureciendo y la oculten los árboles.

Los dos se limpian los pies mientras empujan la puerta, como cerrando la casa de afuera y abriendo la casa de adentro.

Encienden fuego y el chico sale a mirarlo a través de la ventana. Hace lo mismo cuando llegan invitados. Le gusta ver, desde afuera, la mesa puesta y su silla vacía.

Cuando salen y se alejan, se vuelven a

cada momento para verla de frente, de costado o desde atrás.

–Es más bonita entre los árboles.

–Es más bonita con las luces encendidas.

Y cuando no la ven, se miran el rostro oscurecido o miran el camino que se vuelve blanco, blanco, al regresar.

Pero lo que más les gusta es ir a mirarla desde lejos, desde la otra orilla del río, como si no vivieran en ella.

Pero lo que más les gusta es pasar frente a ella como si fueran dos desconocidos.

–Nos está mirando, bajemos la vista –dicen ambos.

Y pasan de largo, pero el niño vuelve la cabeza muchas veces con temor de que desaparezca para siempre.

XVI

Los dos amigos se quedan pensando cuando ven un árbol demasiado cargado.

—Es como una mesa de Navidad o Año Nuevo.

—Pero es una mesa sin comensales —dice el viejo.

—Te equivocas, yo veo muchas personas.

—¿Dónde?

—Entre los huecos de las ramas.

Y pasan a elogiar los frutos redondos y perfectos.

–Todos con un regalo adentro –dice el niño.

El viejo los queda mirando como su pequeño amigo, pero piensa en el interior de los hombres.

–Todos con su secreto adentro.

El chico no lo escucha porque sigue contemplando con los ojos redondos de entusiasmo.

–Déjame tocar uno solo con la mano.

–Pero no lo arranques, sería como abrir una carta ajena.

Los dos amigos acarician, sin tocar, los frutos que no han madurado del todo.

–¿Por qué llegan los frutos todos juntos y a la misma hora?

–Así son los frutos cuando maduran y los niños cuando son niños.

XVII

Viven con el tiempo justo, aunque les falten o les sobren muchos años, y tienen los dos la misma cara de espera.

Y se adelantan al día, se atrasan a la noche, como si envejecieran la espera de tanto aguardar los primeros brotes de todas las cosas.

—Me gusta tu máscara de espera —dice el viejo—, tiene tres ojos como la mía.

Y ambos contienen el aliento para llenar su pecho de espera.

Y ambos se vuelven hacia adelante, ha-

cia atrás, pero sin arrugar los pliegues de la espera.

–Está llegando –anuncia el niño.

–¿Quién? –pregunta el viejo, estremeciéndose.

–La espera, la espera tuya y la mía, y tienen el mismo porte, la misma cara.

Los dos salen de su escondite para observar mejor.

¿Qué ven sino los primeros pétalos de todas las cosas que llegan antes o después de todas las esperas?

“Qué lástima –dicen ambos–, ya estaban aquí los invitados”.



XVIII

Nuestros amigos hablan en clave cuando están los demás, y cuando están solos siguen tratando de descifrar el mismo mensaje.

—¿Puedes decirme quién trajo esa misiva?

—Alguien muy parecido a ti.

Para el niño, su viejo compañero se convierte en otro cuando duerme o no está en casa. Así que lo mira con mucha atención cada mañana.

—En la mañana eres el mismo, pero la luz te va cambiando al llegar la tarde. ¿A

quién esperas cuando empieza a oscurecer y se borra tu cara?

–Espero al que nos trae esos mensajes. ¿Y tú a quién buscas, cuando entras al comedor o a los dormitorios y miras por todos lados?

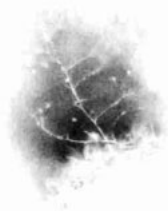
–Busco a esa persona parecida a ti que nos trae esos mensajes.

–¡Ah!, mi hermano, el dormido –dice el viejo sonriendo.

–Sí, es igual a ti, pero de cara más grande, como reflejada en el agua.

–¿De qué agua hablas?

–De esa agua que mira dentro de mí.



¿Cómo son los ojos del niño y del anciano? Como un reflejo sorprendido de su propio reflejo.

El viejo pestañea como si hubiera siempre mucha luz y a veces los cierra largamente.

El niño los abre como el panorama circundante.

Enrojecidos los del anciano con el humo y la ausencia de las cosas.

Los del pequeño, fijos, como una raya negra, como una fecha del calendario.

Y vuelven la cara a otro lado, como si tuvieran pudor de sus ojos, esos dos repentinos visitantes.

Y esquivan su mirada durante todo el día para escuchar su voz, que es la mirada ciega de sus ojos.

Su propia voz también los sorprende.

Cada uno cree escucharla en la garganta del otro.

Y el viejo se queda atónito muchas veces al oír la voz de su pequeño amigo.

—Pero si son mi padre y mi abuelo —dice—, unidos por el canto de un pájaro.



Cada uno pesa a su manera las cosas con la mirada.

–Tiene mi edad –dice el viejo, mostrando una gran vasija–, pero ya no puedo levantarla. Está llena de mis años oscuros.

–Puedo ocultarme en ella.

–Es increíble, tenemos la misma edad, tú por dentro y yo por fuera.

Cuando están en la mesa, ambos se llevan el mismo bocado, el mismo sorbo a la boca, y el viejo dice:

–Tenemos el mismo porte de la boca,

de los ojos. Son nuestras medidas gemelas en la vastedad del tiempo, nuestras copas, nuestras frutas idénticas.

—¿Y los brazos, y las piernas?

—No pensemos en los huesos, veamos tus ojos y los míos. Ah, los ojos, por ellos entramos y salimos. Y cuando ya no estamos, otros siguen entrando y saliendo por ellos como por una puerta abierta. ¿No has visto volar a los hombres?

—Sí, siempre contemplo volar los aviones.

—No, me refiero a esto —dice el viejo, tocándole los párpados al niño—. Abrelos, y es como si volara toda la tierra por el aire. Y los ojos también se van, se van como la luz, porque son el vuelo mismo del día.

—**A**cerca la rama del buen árbol —pide uno.

—Sírvenme la copa del buen vino —pide el otro.

Y se alejan muy contentos de ese punto marcado en el calendario.

Al viejo ya no le importa que transcurra tan luego el tiempo y dice sonriendo:

—Detén un poco tus aguas de estero crecido.

—No puede ser, estoy muy ocupado.

Pero aguarda a su compañero y los

dos se ponen uno frente a otro como cuando se conocieron.

Ya no se miran a la cara sino que buscan detrás de ellos, y el chico dice:

–Agáchate, para verte mejor.

El anciano lo levanta en sus brazos y el chico mira por sobre los hombros de su compañero.

–Ahora te veo.

Y se alejan mirando uno hacia adelante y el otro hacia atrás como si de esa manera se sintieran más juntos.

El anciano recuerda la escena en que se conocieron.

–¿Por qué hacías visajes contemplando mis zapatos y mi sombrero?

El niño recuerda la misma escena. El viejo lo contemplaba fijamente y buscaba también al lado suyo.

-¿Por qué movías la cabeza como diciendo sí, como diciendo no?

-Era primera vez que estaba frente al fantasma de un niño.



El viejo y el niño contemplan caer la nieve tan fijamente que se quedan sin memoria por mucho rato.

–Lo blanco da más sueño que lo oscuro.

Y retienen la respiración para ver mejor las plumillas de nieve.

Los dos observan la nieve caída y están de acuerdo que es como el papel antes de escribir una carta.

–Uno no sabe qué pensar, qué decir, con la pluma en la mano y los ojos cerrándose de sueño –exclama el viejo.

—¿Por qué da tanto sueño escribir?

—Porque evocamos el rostro de alguien que se ha marchado, y todos los rostros en la distancia parecen dormir.

—¿Los que se van no regresan?

—Sí, vuelven, pero nunca encuentran el instante perfecto, la estación preferida. Sí, regresan, pero son como las sombras de un día muy antiguo, interminable. ¿No has visto a los que caminan sobre la nieve? Míralos, caminan sin dirección, como sobre blancos años enteros.



El niño toca a hurtadillas la imagen de su compañero en las aguas.

—¿Qué haces? —pregunta el anciano entretenido.

—Estoy averiguando de qué están hechos los espejos.

—¡Ah!, están hechos de ti y de mí con un poco de sueño y mucha paz en todas las cosas que nos rodean. Son puertas, son ventanas que se abren una sola vez y quedan abiertas para siempre.

—¿Cuando te afeitas, estás delante o detrás del espejo?

–Estoy frente a mí mismo con temor de que sea ya muy tarde.

–¿Amanece o atardece en los espejos?

–No aclara ni oscurece, porque están siempre esperando a alguien con todas las luces encendidas.

Al niño le inquieta esta doble cara de todas las cosas.

–Tú, muchas veces, estás por un lado y no estás por el otro.

–Pero puedes tocarme y saber que estoy aquí.

Los dos guardan silencio un largo instante.

–Estás aquí, estás aquí –dice el chico–, pero cuando me alejo un poco ya no estás. Es como si estuvieras hecho del buen olor de las lilas.

–¿Del olor de las lilas?

–Porque se sienten de un lado y a veces del otro, y a veces de ninguna parte.

—¡Ah!, las lilas —dice el viejo—, en su perfume enterré a todos mis amigos. Y es distinto el canto de los pájaros desde entonces.

—Es que imitan la voz de tus amigos muertos.



Cuando los dos amigos conversan de los animales, éstos escuchan ladeando cómicamente la cabeza.

—Parecen dos antenas de radio —dice el chico, acariciando las orejas de un perro o de un gato.

—Y cómo nos miran, guardando tu cara y la mía con todos los alrededores.

Ambos los van nombrando uno por uno: los animales dan saltos o mueven la cola.

—Hay que nombrarlos como a los árboles —dice el viejo—, cuando empezamos o

terminamos la jornada, para que no se olvide nada en su raza ni en la nuestra.

—Este me habla —dice el chico—. Me habla con mi voz, pero lejos, en un lugar desconocido.

Y después de haberlos nombrado a todos, les dan de comer.

—Dale su ración con un poco más y en tu propia mano para que sean buenos los frutos este año.

—Siempre nos acompañan estos amigos —dice el niño, contemplando a los animales y a los árboles frutales.

—Siempre nos acompañan, porque estamos solos la mayor parte del tiempo.

Y los dos miran hacia la lejanía donde se oyen quedamente toda suerte de carreras y gritos de animales.

—Ellos nos nombran —dice el viejo—, pero a la distancia y antes de escogernos. An-

tes de venir, nos escogen, y cuando mueren, nos van a buscar a otra parte.



Ellos discuten de la muerte, pero en otro lenguaje, ya que no les gustan las historias repetidas.

Cuando alguien muere, dicen ambos: “ya se quebró” y sienten como el golpe seco de un vaso roto en las baldosas.

Y cuando alguien nace, vuelven a repetir: “ya se quebró”, pero esta vez no piensan en vasos sino en la rama muy cargada de un árbol.

—Parece que uno empujó al otro —dice el viejo—. Todo cae del árbol, las buenas y las malas noticias.

Y nunca entran en los cuartos de los muertos, porque cada uno teme ver el rostro de su propio amigo en el lecho mortuario.

—No es la gente la que llora o ríe —dice el niño—, sino esas dos mujeres, la de blanco, la de negro.

—No las veo por ninguna parte.

—Es que las tienen encerradas en la pieza del fondo.

—¿Por qué habrá muerto? —exclama el chico de repente, cogiendo un puñado de tierra húmeda del jardín.

—¿Quién?

—La tierra, amigo mío. ¿Nunca la has tocado, nunca has hecho muñecos de barro?



Los dos aventureros, al escuchar las campanas lejanas, se detienen y se vuelven cada uno hacia un punto distinto como si alguien los llamara por sus nombres.

—Me gustan más las de la tarde, se parecen a ciertas voces escuchadas.

—Son tristes, tienen cara de personas grandes. En cambio las mías suenan sólo por la mañana, cuando todos están contentos.

—¿Y las que oigo ahora te gustan?
—dice el viejo, con el dedo en alto.

–No oigo nada –dice el niño, mirando a todas partes.

–Es la hora de las campanas enterradas, de las campanas rotas en mil pedazos.

El chico trata de escuchar, por agradecer a su amigo, pero no oye nada.

–Sólo escucho el viento entre los árboles y el mar a lo lejos.

–Y también la luna en la oscuridad –dice el anciano.

El niño mira la luna y escucha los latidos de su viejo compañero.



El viejo y el niño están siempre presentes cuando parte alguien y son los últimos en despedirlo, en verlo alejarse.

Y cuando desaparece, vuelven a casa conversando con una sombra blanca entre los dos.

Y les describen a los demás la partida del viajero por muchos días, quienes también lo vieron cuando se iba, pero es como si el viejo y el niño, por tener tanta diferencia de edad, lo hubieran visto partir y regresar al mismo tiempo.

Y en las ausencias, en las largas ausencias, suceden también muchas cosas.

El anciano parece esconderse en sí mismo y el pequeño parece hacerse más visible.

“¿Cuándo volverá?”, dicen los dos a la vez, el viejo con voz más débil y el niño con voz más ronca.

Y en ese mismo momento llega un mensaje anunciando su vuelta.

Ellos comienzan entonces a esperar, a esperar, acortando, alargando el tiempo.

Y el viajero reaparece de pronto caminando nuevamente entre el viejo y el niño.

Los tres se miran con gran benevolencia, como guardando un secreto.



XXVIII

Con las mejillas caídas de aburrimiento, pasan a la espera de acontecimientos inusuales al oír cualquier ruido, al ver cualquiera sombra movible.

—Lo extraordinario lo hace a uno sentirse vivo.

—El miedo da más hambre que llorar o reír. Cómo aúllan los perros, como si tomaran un agua muy amarga.

—¿Tú sabías —dice el viejo— que los perros se ponen el rostro de sus amos en la noche para nunca olvidarlos?

–Pero el rostro no se puede sacar como el bigote o la barba.

–Sí, cuando dormimos, o estamos lejos y dormimos en lecho extraño. Entonces el perro se pone la cara de su amigo ausente.

–Qué raros son los perros, siempre andan olfateando nuestras huellas.

–Quieren saber quiénes somos, si los nuevos o los anteriores amos.

–Y también nos lamen las manos.

–Para que no perdamos las llaves de la casa.

El niño silba a su perro y lo observa con detención cuando aparece, pero éste tiene la cara más perruna que nunca.

Lo único curioso que presenta esta vez es que cojea del mismo lado que su pequeño dueño, quien se ha roto una rodilla.

Los dos eternos curiosos van a ver cada día si los cerezos han brotado o no.

—Están igual que ayer —dice el viejo, acariciando su tronco lustroso.

El niño pone el oído en las arrugas de la corteza y dice con una mueca:

—No hay nadie en el taller, no se oye la menor herramienta.

Una abeja viene también a saber si hay novedades y los dos se ponen a imitar su zumbido, contemplando las nubes de comienzos de primavera.

—Las nubes tienen el color de todas las flores antes de brotar. Hay que amar las nubes: entonces ellas se disuelven y suben por el tronco de los cerezos.

—¿Cómo se aman las nubes?

—Con nuestra mano más pura y desnuda: la mirada.

—¿Hay que estar todo el invierno mirando para arriba?

—No, sólo a ciertas horas, cuando los hombres descansan de su trabajo. A mediodía, al atardecer, cuando el trabajador come de su trabajo y tiene el derecho de mirar hacia arriba.



-Juegan a los rasguños como los gatos y a los mordiscos como los perros. O se acerca uno a la oreja del otro como a un teléfono.

El viejo, con los cambios de época, se asombra de que haya tantos enamorados en los parques a la luz del día y no sabe qué explicarle a su pequeño amigo.

El chico parece hipnotizado y describe, como en sueños, lo que está viendo.

-Ahora se frotan las manos como si tuvieran mucho frío.

El anciano se toca las manos con pudor y bajando los ojos le dice a su compañero:

—Las manos han llegado a su país, al país de las manos, y se reconocen entre otros mil pares de manos.

—¿Y ellos por qué se ríen como pájaros?

—Porque les divierte verlas moverse solas como cuando tú haces actuar a tus personajes invisibles.

El niño los sigue mirando intrigado y empieza a recordar también sus juegos.

—Es un juego muy lento —dice, a manera de entendido.

El viejo vuelve en sí y dice, mirando a otro lado:

—Es un juego muy lento, sin fin. Un juego del cuerpo con el alma.

—¿Cuál de ellos es el cuerpo y cuál es el alma?

—Ambos son por temporadas el cuerpo o el alma.

—¿Y por qué se miran tanto, como si estuvieran muy lejos?

—No se miran: están esperando que el día muera y amanezca en sus rostros.

—¿Y por qué juntan las bocas?

El viejo se toca los labios y después las mejillas.

—Se dan aliento como a los ahogados en las playas.

—Es verdad —dice el chico—, uno tiene los ojos cerrados y el otro los tiene abiertos. ¿Y hasta cuándo dura este juego?

—Este juego comenzó con el primer destello del sol en las aguas.



¿Qué hacen? ¿Dónde están?

Sentados en el jardín, recordando este mismo día, preparando el siguiente.

Están tan satisfechos de la jornada que guardan silencio.

—Ha comenzado la primavera —dice el viejo, mirando sin ver a su compañero en la oscuridad.

—¿Cómo lo sabes? —dice el chico, como si hablara la oscuridad.

—¿No escuchas un murmullo muy que-

do, muy lejano, como de una estrella hablando con otra?

–Yo siempre oigo lo que tú quieres.

–Sí, es una voz, una voz perfumada.

–¿Hay voces perfumadas para ti?

–Las que calman como la voz de esta gran noche estrellada.

–Hermosa noche de primavera –dice el niño, imitando el tono del anciano.

–No, de un momento antes de la primavera.

–Pero si tú mismo has dicho que ya estaba aquí.

–Es ella, pero es mejor decir “ya viene la primavera”. Tú la buscas por todas partes y tú mismo te transformas en ella.

–¿Te gusta mucho?

–Me gustan todas las estaciones, pero siento que su llegada es siempre como el

último día de mi vida, aunque siga vi-
viendo algunos años más.



El viejo agradece el pan a su modo. Nunca ha perdido el goce del pan: su aroma, su aparición, su vaho, aunque apenas ya lo prueba, sólo para saber cómo será la jornada. Pero lo queda mirando de una cierta manera.

Lo mira para hacerlo crecer.

Y el niño, que es la unidad más pequeña de la casa, cuánto ama esta otra unidad que se multiplica sin término y que siempre es la misma.

—Es de la misma masa, de la misma

mano, pero su gusto es distinto de un pan a otro.

—Son cuentos tuyos —dice el viejo, quien aún se maravilla de que el pan ande rodando de boca en boca—. Es un andariego, polvoriento de harina y ceniza.

El niño, mientras come, juega con el pan como con ninguna fruta conocida. Lo hace rodar y le da pellizcos como a los animales. Lo desmenuza para los perros, lo desmigaja para los pájaros. Y al propio trigo se lo muestra desde lejos. No permite que nadie se lo dé, se lo compre o se lo traiga.

El se lo muestra y se lo da a sí mismo.

El viejo se extasía al ver a su compañero comiendo pan.

—Se convierte en pan cuando lo come —dice—, y esta casa nunca pasará hambre.

Antes de emprender pequeñas faenas, se frotan las manos como los trabajadores, y empuñan juntos una tijera podadora.

Y no sólo la empuñan sino que se convierten en tijeras podadoras, una más mohosa que la otra, pero las dos podando al mismo ritmo.

¿Qué podan? Rosales.

Y uno hace de herramienta y el otro de guías de rosal.

¿Cómo lo hacen? Uno silba y a su compañero se le vuelve el pelo rosado.

El niño toca la flauta y el viejo se transforma en rosal, y las rosas salen inmediatamente.

“Qué hermosas son y cómo huelen”, dicen ambos, mirando los orificios de la flauta.

Para ellos el deseo de podar es ya la rosa.

Tijera, flauta y escarcha de invierno hacen la rosa, que se abre cuando se acercan y se cierra cuando se van.

Ellos se llevan las rosas y dejan su flauta deshojada por el suelo.



¿Hoy dónde se han escondido? Ante los llamados insistentes de los demás ni siquiera responden o vuelven la cabeza.

Y es que son los mejores espectadores, porque se convierten en aquello que están presenciando.

—Mira el nuevo planeta que se está formando —dice el viejo, mostrando hacia arriba el vertiginoso enjambre a su pequeño amigo—. Toma todas las formas de la tierra antes de venir a posarse como una gran fruta desconocida en la rama de un árbol.

—Hoy es el esperado matrimonio —exclama el niño—, pero ¿dónde está la reina?

—Está en el punto más alto de la espiral. ¿No ves que el sol empieza a oscurecerse?

—¿Y cuánto dura el eclipse?

—El instante de una mirada. Y las colmenas vuelven a estar de nuevo colmadas como vasos llenos de sombra hasta la mitad y de luz hasta los bordes.

—Huele a miel —exclama el niño—, todo huele a miel. ¿No podríamos cosechar mucha miel y hacernos ricos?

—Somos ricos, pero sólo un momento, mientras dura el vuelo nupcial. Y se abren todas las flores de arriba y de abajo.

—¿Y la miel guardada en los frascos qué es?

—Es el pálido recuerdo de esta fiesta.

El viejo y el niño están ese día y los siguientes mirando hacia arriba, hasta que

les dan a probar la miel nueva, que es del color de un verano muy antiguo.



Buscaron por muchos días al gato perdido, poniendo en revuelo toda la región.

El niño no se conforma, lo siente estirarse dentro de él, hacerse anillos de oro y plata.

El viejo no halla cómo consolarlo y ha tomado ciertas maneras de gato grande para acercarse a su compañero.

Ambos escuchan todos los ruidos de la casa, de la calle y la lejanía: todos ellos se parecen a los maullidos del hermoso gato tigreño.

–Escúchalo cómo llora, cómo pide su comida.

El anciano no dice nada pero asiente con la cabeza. Está recordando los ojos del animal.

–Eran de un color dorado –murmura–, del color de la ausencia. Siempre las personas cuando mueren nos mandan un animal para que nos acompañe.

–¿Qué estás diciendo?

–Que he tenido tantos animales como deudos desaparecidos. Buscar a un gato es como hallar a otro, idéntico al primero.

–No quiero otro sino el mío –dice el niño, recordándolo con tristeza–. La noche se enrollaba toda entera en su interior. Nevó mucho al otro día que se perdió.

–Entonces volverá cuando nieve de nuevo.

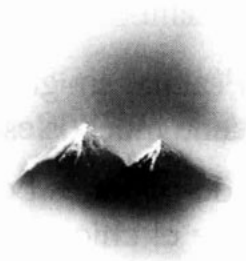
El chico evoca la nieve cayendo y las pisadas de su gato. El viejo lo interrumpe.

–Tenía tantas actitudes como rincones existen.

El niño lo recuerda en una sola posición: echado entre sus útiles escolares y mirándolo fijamente.

Y se levanta en silencio para no espantar esa imagen, mientras dice, señalándolo con el dedo:

–Este es él, este es él, hasta que se vuelva para otro lado y cambie de color.



-**A** cada uno su relleno -dice el niño, observando a la gente-. Ese es de aserrín, ése otro de alambre y aquél de cascabeles.

-Vamos con calma, amiguito, esa casa es muy oscura y tiene muchos escondrijos.

-Dan ganas de ponerlos boca abajo para conocerlos -dice el chico.

-¿Para qué? Basta sólo que abran la boca y que hablen.

-Mis muñecos también hablan.

-Me he fijado que no tienen boca.

–Pero yo tengo y además puedo hablar con la boca cerrada.

–Como el ventrílocuo que vimos una vez, ¿te acuerdas?

–Sí, me acuerdo. Era un señor muy flaco por fuera y muy gordo por dentro, y estaba siempre sonriendo.

–¿Por qué tan flaco y tan gordo al mismo tiempo?

–Porque parecía tener el estómago lleno de muñecos, todos iguales al que tenía sentado en sus rodillas.

El viejo mira a su pequeño amigo y se pregunta, por primera vez, qué guarda en su interior.



Los dos discuten dónde ir cada mañana, pero hace rato que caminan en dirección a todas partes.

Cuando se acercan al río, sienten nostalgia del mar.

Cuando se pierden en las vegas, sienten nostalgia del sonido de sus pasos en el pavimento.

—¿A dónde me llevas? —dice el viejo—. A mí me gusta partir y llegar a un sitio.

—A mí me gusta andar y conocer en el viento todos los lugares. O sentarme en

una piedra y trasladarme a ellos sin moverme.

—A mí me gusta soñar mientras camino, y cuando llego, sentarme a contemplar, —declara el anciano—. Pero tú eres un soñador antes de partir y después de llegar. No sé como ves tantas cosas con los ojos cerrados.

—Los tengo abiertos, pero se trasladan a mis orejas o a la punta de mis dedos.

—¡Ah!, ya estás soñando y zumbas como las abejas.

—No estoy soñando, estoy mirando y escuchando a los insectos, que están en todos los lugares a la vez.



El viejo y el niño van al encuentro del mar o vuelven de encontrarlo.

Cómo les gusta descubrirlo de repente a la vuelta de un camino, detrás de una colina.

O sentirlo en la luz, en el aire, en la humedad de algunos objetos de la casa.

—Qué viejo es, qué niño es.

Y al decir esto, uno siente la alegría de ser viejo y el otro la alegría de ser niño.

—A mí me gusta ya sólo recordarlo.

Pero el chico no sabe qué decir, por-

que no se parece al que imaginó esta mañana, antes de salir, al hallar en el jardín una llave mohosa que olía como el mar en invierno.

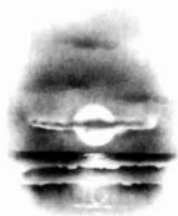
–Toda vista de mar es un encuentro con alguien.

–Cuando voy hacia el mar el camino es diferente.

–Yo sólo me contento con que el mar exista en alguna parte.

–Yo doy saltos y gritos cuando lo veo.

–A mí me gusta oír su rumor a mis espaldas, pero sin dar vuelta la cabeza. Pasearme por la orilla, pero sin mirarlo. A mí me gusta sentirlo existir simplemente.



El viejo y el niño ponen comida para los pájaros hambrientos.

“Coman, coman”, dicen, mirando el cielo oscuro y silencioso.

—La tierra tiene hambre, todos tienen hambre.

—Un puñado más para las sombras de la tierra.

—Hambre, hambre —repite el niño—. Me gustaría sentir hambre para conocer a todos los hambrientos. Cuando digo hambre es como si hablara con una familia muy grande.

–Así es. Es una familia muy grande y muy triste.

–¿Y todos se parecen, el padre, la madre, los hermanos?

–Todos se parecen cuando tienen hambre. Hasta los pájaros y los animales tienen cara de personas cuando no encuentran qué comer.

–Yo nunca he visto una cara sedienta y hambrienta.

–Es más grande que el cuerpo de hombres, animales y pájaros.

–¿Y la tierra, y el cielo, también sienten hambre?

–También, y esconden la cara en el pecho, en las manos del hombre.

–¿Y qué hace el hombre?

–Se quita el último pan de la boca y se lo da a la tierra.

E stá muy poblado el mundo.

—Y todos los habitantes viajan de un lugar a otro.

—Es un picaflor. ¿Dónde se ocultaría con tanto frío?

—Dentro de alguna flor —dice el chico—. Los pájaros del mar se ocultan dentro de los peces durante el invierno.

—Todos nos abrigamos en invierno —dice el viejo—, menos la tierra, el cielo y el mar.

—Yo tampoco me abrigo.

–Es que tú te ríes mucho y eso hace volar hasta los aviones.

–¿Por qué la risa hace cosquillas en la garganta como una pluma?

–Y en todas las cosas –dice el viejo–. La risa es como la desintegración del átomo.

–Por eso el gallo se ríe a carcajadas todas las mañanas.

–Y los caballos relinchan, los perros ladran sin razón para contagiar al sol, ese cohete que pesa tantas toneladas.

–El sol –dice el niño– muestra todos los dientes al reírse, mientras que la tierra se ríe con la boca cerrada.

–La tierra es un poco taciturna y se ríe sólo cuando algo le hace mucha gracia.

–O mucha cosquilla –dice el chico, al acordarse de abejas, cigarras y grillos.

Fue una vez en el jardín –dice el niño–. Sentí que me acariciaban la cabeza. Y escuché mi nombre, pero dicho con mucho sueño y tristeza.

–Es la nostalgia de los días azules. De esos días perfectos vividos con alguien que ya no recordamos.

–Cuando veo a mis padres y hermanos en silencio –dice el niño–, siento un gran deseo de tocarles la cabeza. ¿Y tú cuándo la sientes más?

–Cuando recuerdo comer a un familiar

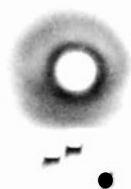
en el pasado. Cuando lo veo ahí, solitario, mirando sin tocar el plato servido.

—¿Por qué mi mano es un ramo florido algunos días? —dice el niño.

—¿Y por qué la mía llora a veces por todas sus hermanas? Cómo es la mano del hombre: castiga y es castigada. Y cuando perdona quiere arañar la tierra porque siempre es tarde: no está el hermano rostro, no está el rostro amigo.

—¿Y quiénes están entonces?

—Están los días azules, tan bellos y tan azules.



Strasbourg 1979/Aix-en-Provence 1982

Efraín Barquero nació en Chile en 1931. Ha viajado y residido en países del Extremo Oriente, América Latina y Europa, como China, Colombia, Francia. Su obra está compuesta de libros publicados en Chile y el extranjero, cuyos últimos títulos son: *Le retour* (traducción), París, 1991; *Mujeres de oscuro y A deshora*, Editorial Sudamericana, Chile, 1992, y *El viejo y el niño*, Editorial Andrés Bello, Chile, 1992.

